El sueño de Jacob, por Clotilde.

Anoche hacía un calor impresionante. Si a esto le sumamos que cené pizza y estuve delante de la pantalla del ordenador varias horas hasta acostarme, no es de extrañar que me costase dormir y que soñase tan revuelto. Al final, me dormí. Y soñé que llegaba a la estación de autobuses de Plaza de Armas tras subir por sus escaleras, que eran diferentes, con más escalones. Entonces, una avalancha de gente salía de la estación mientras yo seguía una cola. Cuando llegué al vestíbulo, había grupos de gente vestidas como de la selección española de futbol. Eran los colores de España. En la cola, unas turistas hablaban detrás de mí en inglés. Decían algo así como:

-I saw him. (Lo vi).

-I know it. (Lo sé).

Empecé como a volar, de modo que veía todo desde lo alto y podía desplazarme con toda libertad por la estación. ¿Cuántas veces habré soñado que volaba? De repente, una mujer está conmigo ahí en lo alto, volamos juntos bien abrazados y nos desplazamos hacia los andenes a ras del suelo. Era una antigua novia, pero luego era otro rostro de mujer. Abro un libro sentado en la sala de espera de la estación y pone algo en inglés que no desentraño qué es. No lo recuerdo bien. Tengo los auriculares puestos para escuchar música. Ahora estoy subido en uno de los autobuses, sentado solo y viendo por la ventanilla los demás autobuses parados, aparcados. Me fijo en los chasis. Brillantes, son de diferentes colores. Lo demás está todo oscuro y unas luciérnagas iluminan el fondo negro. Soy consciente de que estoy en un sueño lúcido y puedo pensar y decir cosas que quiero. ¡Qué bonito! Pienso ante lo que estoy viendo. Y nos movemos hacia

un lugar desconocido. Sentía que estaba cerca de alguien conocido mientras soñaba que viajábamos en el autobús. Me parece que íbamos hacia el Aljarafe, porque intuyo ver la torre Pelli y una serie de puentes y carreteras que van hacia arriba. La lámina de agua del río Guadalquivir refleja los rayos del sol. También súbitamente es por la tarde y viajo por los Campos de Castilla, pero el sol se nubla. El eclipse solar está en su apogeo. El autobús se paró. Supero una sensación primitiva de miedo y me repongo con la fuerza de un pensamiento positivo hacia la vida. Vuelvo a estar en el Aljarafe.

Ahora son las tres y media de la madrugada del martes nueve de agosto del dos mil veintiséis. Los viajes en autobús son sueños recurrentes, pero el de esta noche ha sido una mezcla onírica de sensaciones y visiones diferentes. Escribo todo esto en mi nuevo nochario, una especie de diario onírico con hojas negras y manuscrito con bolígrafo plata para las noches en vela.